

JOSÉ TABARES BARTLETT

Ritmos

LAGUNA DE TENERIFE
IMP. DE SUC. DE M. CUNDELO
1919

860-1 Tabares Bartlett, Joe 3

FEA
SAL



TENERIFE

POEMA

Pablo Pérez Gil Abreu



6605021127

X

TEHERIFE

NORMA

TENERIFE

POEMA

I.

¡Princesa leyendaria, hermosa Dácil,
 quiero con numen fácil
 y ardiente inspiración, con alma entera,
 cantar la patria heroica y bendecida
 rebosante de vida,
 donde vi, como tú, la luz primera!

II.

Sé la musa genial que inspire el canto
 a la tierra de encanto,
 Jardín de las melódicas Hespérides,
 Edén donde guardaron su tesoro,
 las manzanas de oro;
 isla de luz, de amor y de efemérides.



III.

Condúceme, famosa nivarina,
Princesa campesina,
por los valles alegres y risueños,
agrios barrancos, lomas y espesuras,
y a las cuevas oscuras
sepulcro de los bravos tinerfeños;

IV.

y pueda sumergirme en el paisaje
poético y salvaje
del suelo de las Gracias impolutas,
desde el libre balcón de la montaña
que el aire en torno baña,
a las celdas ríscosas de sus grutas.

V.

¡Tu influjo siento ya! Como restaura
la mustia flor el aura
prestándole vigor y lozania,
enciendes mi enervado pensamiento
para elevar mi acento
al nombre agosto de la patria mía.

VI.

¡La patria grande! Tierra cual ninguna
 la que fué nuestra cuna:
 y entre dos aguas el Eterno hizo
 zarpar nuestro bajel mundano y santo,
 la del pristino llanto
 y el raudal de la gracia del Bautizo.

VII.

¡Ah, cuantas veces la memoria evoca
 esta plácida roca
 nacida entre la espuma de los mares,
 donde feliz y sin azar vivía
 el pueblo que tenía
 por santuario sus rústicos hogares;

VIII.

*orden en la república; sus leyes,
 Tagores, sus Menceyes
 atentos al honor, en su rudeza;
 sobrias y saneadas las costumbres;
 la altivez, cual sus cumbres,
 pleiórica y radiante de grandeza!*

IX.

Nunca en sus valles, vírgenes entonces,
el eco de los bronces
repercutiera, ni el clarín guerrero
llamó a la lid al insular altivo,
extraño al explosivo
y al crudo golpe del tajante acero.

X.

Celosos de sus hatos baladores,
en riberas y alcores
los zagales sus cálamos tañían,
y en sonoras y rítmicas escalas
a las lindas zagalas
desde lejos de amores requerían.

XI.

Sobre el menudo herbaje recostados,
sin temor ni cuidados
deslizaban sus horas venturosas,
que en los nivarios bosques y praderas
no hay viboras ni fieras:
pájaros y pintadas mariposas.

XII.

La rústica labor de la besana
 donde la espiga grana
 entre el terrón del surco húmedo y frío,
 les daba en valles y anchurosas vegas
 las mieses veraniegas
 que dora el astro del ardiente Estío,

XIII.

y su blanco licor la cabra huraña
 errante en la montaña;
 fruta silvestre los mocanes brunos,
 y las sierras basálticas, rugosas,
 las mieles deliciosas
 en dorados panales abejunos.

XIV.

¡Qué inocentes sus zambras y sus fiestas
 en umbrosas florestas!
 Luchas de cuerpo a cuerpo, sin desgaste,
 cánticos a los rudos campeones
 y danzas a los sonos
 del típico y agreste «tajaraste»;



XV.

ofrendas al sonar de caramillos,
 a los diestros caudillos,
 de guirnaldas olientes y cerriles,
 tejidas por doncellas ruborosas
 con flores caprichosas
 de mocanes, retamas y guaydiles.

XVI.

Era un idilio la región Nivaria:
tranquila, solitaria,
 bajo un cielo de oro y armonía,
 allá en sus lontananzas y horizontes,
 desde playas a montes,
 el iris de la paz resplandecía.

XVII.

¡Contrastes de la suerte, o del destino!
 Inesperado vino
 el día aquél que, en las abiertas radas,
 buscando en la aventura empresas graves
 las ibéricas naves,
 vieron los aborígenes ancladas.

XVIII.

Presagio de infortunio, acerbo día,
que trajo en hora impía
la destrucción y el duelo en cada esquite,
armados y temidos combatientes,
contra sencillas gentes
que poblaban la virgen Tenerife.

XIX.

Sucedió la matanza; la vil guerra,
al reposo en la tierra
de indefensos y humildes Naturales,
y reemplazó a la flauta su sonido
el bárbaro estampido
de heridores sangrientos pedreñales.

XX.

La paz, aquella paz y la alegría
de la floresta umbria;
aquel vivir en prados y en alcores
sin zozobras, ni penas, ni recelos,
inquietud ni desvelos,
turbaron, sin piedad, los invasores.

XXI.

Fué la contienda desigual y dura:
de un lado, la armadura,
el arcabuz, la impenetrable malla,
y de otro la honda, el dardo agudo,
y pechos al desnudo,
blanco de carne a la feroz metralla.

XXII.

Sucumbió al explosivo y al acero
el guanche noble y fiero;
el que libró en el batallar la vida,
damnificado en la azarosa prueba,
acogióse a su cueva
como herido león a su guarida.

XXIII.

Raza de aquella valerosa gente
quedó superviviente:
se fusionó la guanche y española
al lucir de la paz el dulce rayo,
y el Teide y el Moncayo
hicieron de dos razas una sola.

XXIV.

Erigiéronse villas y ciudades
en vastas heredades;
abrió la reja el surco a otras simientes,
y cauces el genízaro labriego
al generoso riego
de los arroyos y extraviadas fuentes.

XXV.

Trocáronse eriales en campiñas
de trepadoras viñas
que tapizan la roca y la montaña,
rindió su fruto la naciente higuera
en la fértil pradera,
grano el maizal y azúcares la caña.

XXVI.

La fuerza ennoblecida del trabajo
prosperidades trajo;
él del sosiego bienhechor emana,
que en ardiente volcán no vive el lirio,
ni en el febril delirio
la idea fecunda de la mente humana.

BIBLIOTECA PARTICULAR DE
PABLO PÉREZ
G.A.



XXVII.

¿Por qué, por qué las huestes aguerridas
segaron tantas vidas?
¿Qué móvil les indujo a la pelea?
¡Qué magno triunfo aquel donde no ha habido
vencedor ni vencido
en la hermosa conquista de la idea!

XXVIII.

Mas no, la ciega humanidad no acalla
su grito de batalla;
pasan centurias, cruzan las edades,
y obedeciendo a un bárbaro atavismo,
el cruel egoísmo
campos asuela, arrasa las ciudades.

XXIX.

No la diosa razón abre sus alas:
la pólvora y las balas
van desangrando pueblos y naciones,
que es el planeta a la ambición estrecho,
la fuerza del derecho
cede al poder brutal de los cañones.

XXX.

Y en el desierto mar, como en la tierra,
se oye el clamor de guerra;
la onda salada en sangre se convierte,
en flotante ataúd la nave erguida,
que el cañón homicida
lleva en su entraña de metal la muerte.

XXXI.

En la cerúlea inmensurable esfera
cual águila altanera
se cierne el zeppelin, que arroja luego
su lastre destructor; y el submarino
del fondo cristalino,
cetáceo armado, su explosión de fuego.

XXXII.

Y en el desastre universal que aterra,
son máquinas de guerra
que inventiva maléfica las trajo,
un ave que la altura hiende altiva
matando desde arriba,
y un pez acometiendo desde abajo.

XXXIII.

Todo es dolor y ruina a la mirada:
la tierra ensangrentada,
llanto y sollozo y luto en los hogares,
y las olas llevando en sus corrientes
legiones de valientes;
muertos sin fosa en los tendidos-mares.

XXXIV.

¡Oh, guerra inicua! El corazón que ama
a tu nombre se inflama
de justa indignación; llevas contigo
la impiedad, la codicia, lo execrable...
Engendro abominable
del mísero Luzbel, ¡yo te maldigo!

XXXV.

¡Hoy, más que ayer! Recuerda patria mía,
espejo de hidalguía,
raza viril del guanche y del hispano,
tu despertar al brillo de una aurora,
cuando en extraña hora
llamó a tus puertas el audaz britano.

XXXVI.

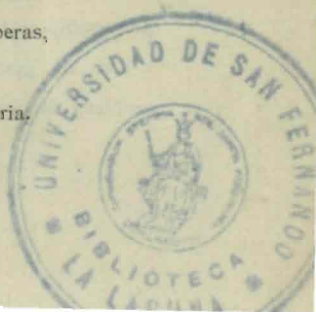
Tus montes verdinegros y bravíos,
al par que a los navios
de hinchadas velas y cortantes quillas,
vieron también, con ojos de basalto,
el formidable asalto
de las tropas de Albión a tus orillas,

XXXVII.

y acudir iracundos al combate
con belicoso embate
a tus libres y nobles moradores,
y rechazar con ímpetu y bravura
en el llano y la altura
a los fuertes y osados invasores.

XXXVIII.

Dió cima tu denuedo a la campaña:
las huestes de Bretaña
escucharon tu grito de victoria!
al cesar el fragor en tus riberas,
y fueron sus banderas
tapices del alcázar de tu gloria.



XXXIX.

Vive en el tiempo la marcial jornada,
por el vate cantada,
por el pintor al lienzo transmitida,
en el numen de artistas y escritores,
fieles historiadores,
en páginas vibrantes esculpida.

XL.

El coloso del férvido Oceano,
el marino britano,
buscó maltrecho en la derrota asilo
para sus buques, en lejanas zonas,
y lauros y coronas
ciñó más tarde en Trafalgar y el Nilo.

XLI.

¡Oh, Nivaria gentil! Orle tu frente
radiante y esplendente
la diadema triunfal de heroica hazaña,
que escrito está con signos inmortales
en tus gestas y anales:
«noble», «invicta», «leal», ¡florón de España!

XLII.

Rutile, ¡oh patria! tu blasón de gloria,
 fama y prez de tu historia:
 para alto ejemplo su esplendor conserva,
 y ostente como timbre sobre Marte
 a los rayos del arte,
 el olivo y el casco de Minerva.

XLIII.

El verbo luminoso, la palabra,
 y la pluma que labra
 la idea de la mente creadora,
 sean, patria, en tu presente y venidero,
 tu explosivo y tu acero
 en la lid del ingenio vencedora.

XLIV.

Álzate, altiva, entre sedosas brumas,
 sobre hirvientes espumas
 del atlántico mar, hada risueña;
 y al golpe del trabajo que sublima,
 entona, canta y rima
 eterno himno a la cultura isleña.

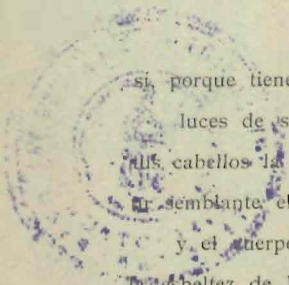


A LA DAMA

XLV.

Olga, venusta huri, beldad nacida
 en la roca escondida
 fragmento de la Atlántida famosa,
 simbolo, emblema del nivario suelo,
 trasunto de su cielo,
 púdica imagen de la patria hermosa,

XLVI.



si, porque tienen tus pupilas bellas
 luces de sus estrellas;
 tus cabellos la sombra de su umbría,
 tu semblante el radiar de sus auroras,
 y, el cuerpo que atesoras
 la esbeltez de la raza y gallardía.

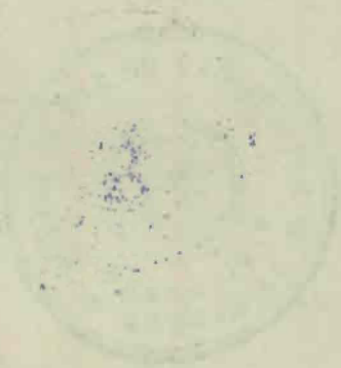
XLVII.

Ya que mi canto a la nativa tierra,
 en sus notas encierra
 las vibraciones líricas del alma,
 y que no ha de brindarme en mi camino
 el parnaso divino
 ni verde lauro, ni triunfante palma,

XLVIII.

dame a aspirar del prado y serranía,
 como mi pecho ansía,
 —no de huertos ni artísticos pensiles—
 los silvestres indígenas olores:
 ¡arrójame unas flores
 de mocanes, retamas y guaydiles!





SONETOS





MI RETRATO

Amar a Dios y aborrecer la vida;
buscar el bien y hallar el desengaño;
ser a envidioso sentimiento extraño
y desdeñar la adulación mentida;

tener para la ofensa recibida
pronto perdón, olvido para el daño;
y siempre exento de maldad y engaño
llevar la frente por el mundo erguida:

Tal es, en lo moral, mi efigie vera:
en lo físico, soy como cualquiera,
ni hermoso ni espantable; alto, trigueño,

el cuerpo en proporción, la tez lozana,
la barba gris y la cabeza cana.
Ya véis, a grandes rasgos, mi diseño.

Enero, 1901

EN LA MUERTE DE MI ADORADO HIJO JUAN

I.

La rica vena de copioso llanto
salga a raudales de los ojos míos,
a la presencia de los restos fríos
del hijo muerto que adoraba tanto!

Huyó de nuestras almas el encanto,
¡mi amante esposa! Como van los ríos
a perder las corrientes de sus bríos
al hondo mar con pavoroso espanto.

¡Ay, esa caja de crespón vestida,
es el bajel que lleva a mundo ignoto
a Juan, infortunado, inolvidable!

¡Nuestra santa oración, la despedida;
y el crucifijo tétrico el piloto
del imponente piélago insondable!

II.

Fe de mi madre, mística esperanza,
no me niegues tu luz consoladora,
ni abandones el alma pecadora
que entre las olas del dolor avanza!

Torne al pecho agitado la bonanza:
mi pobre corazón, «¡espera y ora!»
Luzca, Señor, la suspirada aurora
del día eterno que el mortal alcanza.

Y libre de su frágil envoltura,
mi espíritu errabundo y abatido,
sienta el del hijo idolatrado, muerto,
como hálito sutil del aura pura;
o cual aroma, en ella recogido,
de la variada floración de un huerto.



A Manuel Verdugo

LA PLUMA

La impulsa con vigor el pensamiento
como la brisa a la velera nave,
y la guía la mano diestra y suave
por la hermosa región del sentimiento.

Es el papel su espacio, su elemento,
que hiende en vuelo apresurado y grave,
cual libre cruza silenciosa el ave
la límpida extensión del firmamento.

Moja su pico de punzante acero
en el licor oscuro del tintero;
se sumerge en el líquido fecundo....

Y, como en nube negra centellea
la chispa ígnea, el rayo de la idea
difunde por los ámbitos del mundo.

Para Santiago Beyro

A UNA VIGA DE LAGAR

Cuando árbol eras en el bosque umbrío
y a los golpes del hacha destructora
viniste a tierra, en implacable hora,
renegaste del hombre y de su brio.

Fuiste más tarde mástil de un navío
gallardo al viento, que la curva proa
entre espumas avanza cortadora
por las ondas del piélagos bravío.

Tempestad indomable y despiadada
te arrancó del bajel con fuerza airada:
te arroja a la ribera; y el labriego,

del lagar en las virgenes te trepa;
y tú, en venganza, el fruto de la cepa
en mar de sangre lo conviertes luego.

A María

PUESTA DE SOL

El astro de oro, el luminar del cielo,
En las líquidas ondas se ocultaba,
la brisa, caprichosa, jugueteaba
en las selvas oscuras de tu pelo.

—¡Canta,— dijiste— con vibrante anhelo!
¡Canta esa lumbre excelsa que se acaba!—
Y en la línea indecisa fulguraba
del cárdeno horizonte, sin un velo.

¡Lo recuerdo muy bien! En la agonía
del celeste volcán, bella María,
miraba yo tu faz encantadora...

Y ante aquel espectáculo de muerte,
¡raro contraste! Parecíame al verte
que despuntaba espléndida la aurora.

TOMAS ZEROLO Y HERRERA

Del noble amigo, ilustre ciudadano,
docto y artista, infatigable obrero,
trazar osara su silueta en vano
mi pluma estéril, como intenta y quiero.

Con espíritu ingente de espartano
en la lucha vital se irguió severo,
laboró en el taller, como artesano,
y en el libro se armó de caballero.

Al embrazar el diamantino escudo
y su lanza blandir, decirnos pudo:
—*Virtud, Saber, Trabajo*, este es mi lema—

Y aplicando al corcel el acicate,
entró en la lid con animoso embate
y le ciñó la gloria su diadema.



AL CAÑÓN "TIGRE"

¿Y eres tú, el que en la lid brava y temida,
al vomitar el plomo de tu entraña,
diste cima al fragor de la campaña
causando a Nelson la sangrienta herida?

¿O eres acaso, máquina mentida,
mudo testigo de la heroica hazaña,
fantasma popular, burda patraña,
de tantas como surgen en la vida?

Verdad o error, montado en tu cureña
como en negro corcel audaz guerrero,
ciñes el lauro de tan alta gloria....

Por la espalda del mundo se despeña
de modo igual lo falso y verdadero:
¡Bien con tu fama vives en la Historia!

A JOSEFINA DE ASCANIO

Desde la crencha de tu oscuro pelo
que besando acaricia el aura leve,
hasta el sedoso y transparente velo
del encaje que roza tu pie breve;

tus ojos, brilladores como el cielo;
tus manos, lirios de impoluta nieve;
tus líneas, tus contornos, son modelo
que en vano el arte a bosquejar se atreve.

Tu voz, como el acorde de una lira,
fuente parece que en brezal suspira;
a los ensueños del amor provoca...

Es tu sonrisa un mundo de quimeras,
y van las ilusiones prisioneras
en el hilo de perlas de tu boca.

A Antonio Zerolo

TRISTEZAS

Yo fui rico, opulento, poderoso,
poseí una fortuna inmensurable,
y me veo indigente, miserable,
más infeliz que el más menesteroso.

No me di cuenta de mi bien hermoso
y creí mi caudal inagotable,
hoy al perder riqueza tan amable
me duelo de mi mismo quejumbroso.

¡Adiós, adiós, mis años juveniles,
tan alegres, risueños y gentiles!
¡Adiós, por siempre, juventud garrida!

¡Mi gastado tesoro! ¡Quién pudiera
convertir en lozana primavera
el estéril invierno de la vida!

LAS FOLIAS

En ola desbordante de alegría,
el espeso tumulto el patio llena;
la lira popular en torno suena
con el cantar de rítmica armonía.

Bailadoras parejas, a porfía,
en medio del rebumbio en la verbena,
gritan: «¡terror!» abriéndose en la arena
libre anchura con garbo y gallardía.

Del ventorrillo en la sartén caliente,
su perfume el adobo da al ambiente:
convida al tinto, que el romero apura...

Y el ágil volador en raudo vuelo,
los aires hiende, se remonta al cielo,
y rompe en llanto aurífero en la altura.

LA LECHERA (1)

Ojos negros, castaña cabellera;
las mejillas de nieve y escarlata;
las pomas del amor, ¡cuán bien retrata
su turjente y temblante delantera!

Miradla, por la alegre carretera,
cuando el naciente sol su luz dilata,
y a sus rayos el cántaro de lata
salpicado de heleichos reverbera.

Dibujando graciosas redondeces,
el percal a sus formas ciñe a veces
el viento caprichoso, jugueteando...

Desnudo el pie, la pantorrilla al aire,
y moviendo su cuerpo con donaire,
oliendo al retamal pasa cantando.

(1) Tipo tinerfeño.

JULIO MENDOZA

¡Sacerdote impecable y fiel amigo!
Antes mi lira para siempre rota
yazga, que niegue una sentida nota
a tu dulce recuerdo que bendigo.

¡Aun me parece platicar contigo!
Nada la fuente de mi afecto agota;
los días ¡ay! de nuestra edad remota
se reflejan en mí, viven conmigo.

Tú fuiste a todo lo profano ageno,
¡ministro del Señor! Prudente y bueno.
Dos hostias consagraste al oficiar:

La forma de la santa Eucaristía
y la de la amistad: ¡la tuya y mía!
Yo comulgo ante el ara de tu altar.



A TERESA MANCHA

Rompió a cantar, mujer encantadora,
tu amante y bardo en queja lastimera;
¿quién viendo extinta su ilusión primera,
al recordarla, de pesar no llora?

Bebió en tus labios—rosicler de aurora—
el íntimo placer que produjera
la sensación del beso, placentera,
que deleita arrobando y enamora.

Luego.... el idilio; nupcias sin rituales;
embriagadores éxtasis carnales
que dignifica una atracción secreta....

Mas, las ansias lascivas y sin freno,
se trocaron en lágrimas y en cieno
y en gritos de dolor de tu poeta.

A PATRICIO ESTÉVANEZ

Hay un lenguaje universal y hermoso
que se traduce en dádivas y amores,
que tiene como el cáliz de las flores
fresco rocío y germen aromoso.

Su intérprete es el Bien; el poderoso
sentimiento que temple los dolores,
que derrama los hilos bienhechores
de su caudal fecundo y generoso.

A su *atrayente y seductor acento,*
cesan al par el llanto y el lamento;
las luchas y las cábalas terrenas...

Aquí, vibra su voz, vierte su aroma...
¡Salve, sublime y trascendente idioma!
¡Salve, *Esperanto*, de las almas buenas!

(1) Leído en una velada benéfica.

REMEMBRANZA

Marco el postigo a su hermosura era,
¡ha cincuenta años! ¡Con dolor lo digo!
Hoy pasé por su calle y el postigo
abierto vi, como diciendo:—¡Espera!—

Ni un compañero de mi edad primera
existe ya, de mi pasión testigo;
de aquellos que rondabanla conmigo
por las losas gastadas de la acera.

¡Ella, núbil, bajó a la sepultura
llevándose un ensueño de ventura!
Cruzo delante de su hogar desierto....

Vuelvo atrás la mirada entristecida,
y se le antoja al alma dolorida
hoy, el postigo aquel, un nicho abierto.

POESÍAS VARIAS





LA PLUMA Y EL PENSAMIENTO

Cubierto de galas bellas
iba raudo el pensamiento
sobre las alas del viento
a tocar con las estrellas.

Y con velocidad suma,
por su corriente impelida,
a su remolino asida
revoloteaba una pluma.

Veloz él, y ella ligera,
hablaron con ardimiento,
y atrevido el pensamiento
se expresó de esta manera:

—Al par que el mío tu vuelo
remontas hasta las nubes
y libre como yo subes
a las regiones del cielo.

Por misterio o por instintos,
hay secreta conexión
en nuestros seres que son
uno del otro distintos.

Bien como yo volar sabes
por la azul inmensidad.
—Es tanta mi libertad
que Dios me puso en las aves.—

Siguió ella de él en pos,
y cuentan que en el vacío
se amaron en su albedrío
porque eran libres los dos.

Los astros del firmamento
les prestaron su luz suma,
y es desde entonces la pluma
trasunto del pensamiento.

VERSOS ÍNTIMOS

A *Rafael Romero (Alonso Quesada)*.

EL SALTO DEL NEGRO

Los lugares que allá en la adolescencia
eran plaza y teatro a nuestros juegos,
un camino, una trocha, una cañada,
un barranco charcoso y covachuelo;

—Parajes que conserva la memoria
y el palpitante corazón a un tiempo—
nos mueven con secretas impulsiones
a en la madura edad volver a verlos.

¿Cómo no, si se asocian y se aunan
al recuerdo de ayer miles recuerdos
que son de aquel periodo venturoso
la génesis, la historia y el compendio?

Encantadoras páginas del libro
escrito con el oro de los sueños;
en cuyos caracteres fulgurantes
irradian los más puros sentimientos:



hojas que huelen al hogar lejano,
 donde susurran los maternos besos,
 como entre lirios de inmortal fragancia
 las refrescantes notas de los céfiros.

Tras medio siglo torno voluntario
 como en días mejores y risueños,
 a ver la grave, la hondonada agreste,
 el hosco barranca, *Salto del Negro*.

Busco la altura, la fragosa cima
 que sombrea su fondo, y de ella veo
 las oquedades de los firmes riscos
 donde anidan alados carniceros;

las arcadas que parten de la boca
 del invernos y ancho tomadero,
 para mover la piedra del molino
 y dar el paso a discontinuo riego.

Hey, como ayer, el apacible ambiente
 cruzan volando alispas y vencejos, (1)
 y traban en la atmósfera tranquila
 combates, el cernicalo y el cuervo;

Hey, como ayer, en las cortadas grietas
 enredan sus raíces, prisioneros,
 balagos, cuyos gérmenes errantes
 sembraran en los vértices los vientos.

(1) Alispas: pájaros de la familia *Motacilla*.

¡La misma soledad! El escenario
sin mudanza; las aves.... el silencio....
las arcadas y arbustos y el molino....
los cortes de basalto en los extremos.

Ávido miro hacia el profundo cauce,
donde el torrente arrebatado y ciego,
enhiesta y dura, ennegrecida roca,
dejó en su empuje y poderoso vértigo;

acanalada por constante chorro
que discurriera en primitivos tiempos
sobre su dorso, en ignorado bloque
de salvaje y cerril despeñadero.

La piedra tantas veces recorrida
con mis colegas en furtivos juegos:
¡aquella por que hurtábamos las horas
del hogar, del estudio y del colegio!

¡La piedra lisa! A los solares rayos
abrilantada en su gastado centro,
por cuya inclinación se deslizaban
en turno apresurado nuestros cuerpos.

Allí está, donde ayer, sola, desierta,
sumergida en el álgido silencio
que nada turba, ni rumor lejano,
ni la ligera ondulación de un eco.



¡Yo estoy solo también! Hados crueles,
¿qué ha sido de mis bravos compañeros,
los que erraban conmigo bulliciosos
por esta altura y por el cauce seco?

¿En dónde están?... Reposan en la noche
perdurable y sombría del misterio,
Alba, Guezala, Cárdenas, Llarena,
Neda, Tolosa, Zerpas y Romero.

Aun presumo sentir vagos sonidos
enderredor del páramo que huello;
rumores tenues, el murmurio suave
de un algo inmaterial que no comprendo;

un resurgir espírita, doliente,
extraño, peregrino sentimiento
que la palabra definir no acierta
porque viene de lejos, de muy lejos....

En mi estupor insólito abismado,
con mística emoción medito y creo
que las almas acuden al conjuro
mental del vagaroso pensamiento.

Las imágenes vienen, se impresionan
con precisión tan viva en mi cerebro,
que creyera conmigo a los que invoco
si no faltara el animado verbo.

Aquí, sobre basáltica eminencia,
recordando a mis mozos compañeros,
y con la vista en la callada hondura,
hoy panteón de adolescentes juegos,

inefable tristeza me acompaña:
me figuro un instante que parezco,
estatua melancólica erigida
en fraternal memoria a los que fueron...

¡Oh, peña informe, roca inolvidable,
en estéril arroyo, en agrío lecho!
Testigo de remotas alegrías,
secular pedrejón, *resbaladero*;

negruzca mole, a los solares rayos
abrillantada en tu gastado centro,
por cuya inclinación se deslizaban
en turno apresurado nuestros cuerpos;

podrá el turbión con ira impetuosa
súbitamente remover tu asiento;
arrastrarte entre tumbos tembladores
hacia las ondas del marino seno;

podrá también tu entraña endurecida,
incompasivo taladrar el hierro;
pulverizarte, haciéndote pedazos
la carga destructora del barreno;

podrás, en fin, desaparecer mañana
por la corriente torrencial o el fuego;
pero ¿que importa? Vivirás inmune
en el crisol de mis sentidos versos:

vivirás siempre al diamantino rayo
de la idea, del arte y del recuerdo;
¡rayo inextinto! Por que alumbra y viene
¡de arriba, de lo ignoto, de lo eterno!...



RECUERDOS DE LA PATRIA

Año 1797

¡Qué cielo tan hermoso
el cielo de Nivaria!
¡Qué azules y apacibles
los mares que la bañan!
¡Qué graves y potentes
sus oscuras montañas,
que pintan las auroras
de ópalo y de grana!
No moran en sus grutas
las fieras alimañas,
las aves, sólo, anidan
en sus grietas cortadas.
Es el ambiente puro,
y recoge en sus alas,
de hinojos y de inciensos
las aromas más gratas.
Son tan bellas las noches
en la región nivaria,
que lanzan las estrellas
más luz que la esperanza.



!Qué cielo tan hermoso
el cielo de mi patria!
Los días, ¡qué radiantes...!
Y las noches... !Qué claras!
Las empinadas cumbres
del Teide y del Guajara,
que bordan las florestas
de múltiples retamas;
los áridos abismos,
barrancos que se alargan
desde los altos montes
a las tendidas playas;
no brotan de su seno
ni ríos ni cascadas;
las derretidas nieves
por sus senderos bajan,
lamiendo mansamente
en círculos de plata
las desiguales piedras
que forman sus murallas.
Ni cúpulas solemnes
ostentan sus comarcas
donde el viajero estudie
del arte las hazañas.
Mas como Grecia, cuentas,
región afortunada,
Soliotas en tus hijos,
que, en lid sangrienta y brava,
por defender sus fueros,

su independencia sacra,
como tus rocas, firmes,
la libertad proclaman.
Alí del Oceano
fué el héroe de Bretaña
que, con potente brío,
sediento de matanza,
clavó sobre tu pecho
su emponzoñada zarpa;
leopardo de la guerra,
Goliat de las escuadras....
Á tus recuerdos vivos,
extática mi alma,
como tus riscos, fuerte,
dentro de mí se alza.
Porque mi ser no abate
ni duelo ni nostalgia
a la memoria insigne
de mi risueña patria.
Para cantar tus glorias,
quisiera de tus auras
la célica armonía
que en el espacio vaga;
la gravedad solemne
que muestran las montañas
ingentes y severas
del Teide y del Guajara;
la virginal belleza
de tus azules aguas;

la luz de las estrellas
de tus noches más claras;
y la ternura dulce
que arroba y embriaga,
con que el pastor alegre
sonar hace la flauta.
La voz del sentimiento
mi pecho te consagra;
mi canto sus estrofas:
oye mi canto, patria.

Como pájaros marinos
que cruzan las ondas mansas
de un lago azul y apacible
donde el cielo se retrata;
vistiendo oscuros plumajes
sus pechos, y plumas blancas
las abiertas y tendidas
batientes y largas alas;
silenciosamente llegan
de otros climas y otras radas
las naves de Horacio Néison
sobre las costas canarias.
¿Qué busca el héroe temido
en la poética Ñaña?
¿Por qué detiene la flota
frente a frente a sus montañas?
¿Acaso busca un asilo

donde descansar su escuadra
batida por los ciclones;
por temerosas borrascas?
¿O anhela más alta gloria
a riesgo de la de España,
y un nuevo lauro pretende
para colmo de su fama?
¡Guerra! murmuran dolientes
las olas del mar saladas,
tornando su mansedumbre
en ira y creciente saña.
Y, de súbito, el espacio
pierde su bóveda clara;
que, como nubes de lluvia,
humeantes nubes se alzan.
Y al estridente sonido
del crujir de la metralla,
y en la dudosa pelea
de la refriega empuñada,
las heredades y vegas
permanecen solitarias,
sin labriegos que las cuiden,
sin pastores las cabañas:
que, como bando de buitres
que ve su presa cercana,
contra las huestes de Nelson
cierran en la invicta Añaza.
Y no hay tregua en el combate:
hijos del Teide y Bretaña

lidian con ardor tan rudo
en el suelo de Nivaria,
que parecen, enlazados
en la lucha firme y brava,
gajos de trepante hiedra
entre punzadora zarza.

Cuando la lucha es más fuerte
más pronto su furia pára;
por eso pronto, muy pronto,
se decidió la batalla.

Derrotaron los isleños
al titán de las escuadras:
que siempre vence en la lucha
quien más por vencer se afana.

Y ondulaba en los castillos
de la victoriosa plaza,
la bandera vencedora
de Sagunto y de Numancia.

Mas, como en la lid temida,
es generosa mi patria,
y juzga mayor su suerte
cuando alivia la desgracia.

Por eso, con el vencido
fué tan noble y tan preclara
en sus insignes proezas
y en los timbres de su fama,
que tendió la mano amiga
a la legión derrotada,
como ejemplo de valientes

que luchan, vencen, y aman.
Los pabellones britanos
cogidos en la campaña,
a las invasoras huestes
que asaltaron las murallas
de la tierra bendecida
de una isla Afortunada,
un templo de Tenerife
junto a sus altares guarda.
Y en el altar de la gloria,
estas reliquias sagradas,
son, lo que a místicos templos
hostias, cálices y aras.
Bella ninfa del Atlante,
que, en sus ondas reclinada,
ciñes la regia diadema
del valor y de la fama;
huri fecunda en hechizos,
virgen de vistosas galas
que muestras al navegante
el venero de tus gracias;
mansión de tiernos amores,
edén de casta fragancia,
deja que bese gozoso
en mi inspiración tu planta.
Que a tu recuerdo querido
mi corazón se dilata,
porque me siento más grande
cuando te miro más alta.

Por ti mi numen ardiente
roba la celeste llama
a la musa de Tirteo,
y a la que inspiró a Quintana.
El estro que en mi se agita
inunda toda mi alma
como al cerebro la idea,
y a los cráteres la lava.
Y como la luz del día
los tendidos campos baña,
y en el ancho firmamento
en piélagos se derrama,
en el espacio infinito
de mi sér y de mi alma
reverbera el sol luciente
del recuerdo de Nivaria.





BAJAMAR

Yo tengo una casita*
que el cierzo baña,
entre el mar y la sombra
de una montaña.
La embellecen en torno
lindas palmeras
que entre pitas se yerguen
y entre chumberas.
Anexa al predio mío
y a mi casita,
solitaria y muy blanca,
tengo una ermita,
donde a San Juan le rezan
los labradores;
recinto levantado
por mis mayores.
La comarca es abrupta;
árido el suelo,
pero puros sus aires,
muy claro el cielo.

El aura que desciende
desde las lomas
y el corazón perfuma
con sus aromas;
y las emanaciones
del mar sereno
que despiden las algas
de su ancho seno,
en la altura se besan
del agrio risco;
y el campo huele a hinojos
salvia y marisco.
En éxtasis profundo,
dentro el paisaje,
abisma mis sentidos
el oleaje.
Las barquillas que impulsa
la brisa fresca,
por el líquido espejo
tras de la pesca,
al tornar presurosas
a las orillas,
con sus linos hinchados
y raudas quillas,
parecen a lo lejos,
de mi cabaña,
tiendecitas móviles
de una campaña.
¡Qué plácidas y alegres,

cuán seductoras,
viendo el mar y barquillas
paso las horas!
Cuando el astro rojizo
se hunde en los mares,
y enseña el firmamento
sus luminares,
en el banco de tosca
mampostería
que está junto a la puerta
de la alquería,
entre dulces coloquios
y amena calma,
con mi esposa y con ambos
hijos del alma,
¡qué plácidas, alegres,
y halagadoras,
a la luz de los astros
paso las horas!
La luna amarillenta,
que lenta asoma,
entre pardos celajes
tras de la loma;
el ladrido lejano
del ronco perro,
que repiten medrosos
barranco y cerro;
el pájaro nocturno
que vuela errante



invisible a los ojos
del caminante;
el susurro del árbol
que agita el viento,
y parece murmura
sentido acento;
el insecto canoro,
cuyo sonido
revibrante y agudo
lanza escondido;
y el ruido quejumbroso
de la marea
que allá en los malecones
reburbujea;
inundan a mi pecho
de poesía:
¡Oh noche misteriosa
viuda del día!
¡Oh campo! ¡oh mar! ¡oh cielo,
ritmo y colores,
escenario sublime
de mis actores!
Casita de mi predio
y aires marinos,
ermita donde rezan
los campesinos;
barcas pescadorcitas
de mis riberas,
que las ondas azules

cortáis ligeras;
luminares y olas,
blandos rumores,
esencias desprendidas
de los alcores;
balsámicos perfumes
de los mariscos,
voces que repercuten
los altos riscos,
si vejez a mi vida
reserva el cielo,
gozar vuestros encantos
tan solo anhelo.
Y vengan a la postre
males prolijos,
¡contigo! amada esposa,
y ¡ellos! mis hijos.

1895.

